

TRADUCCIÓN

POR UN POCO DE CALOR

QIAO YE

Traducción de
LILJANA ARSOVSKA

Qiao Ye

Nacida en la provincia de Henan en 1972, esta joven escritora comenzó a escribir en la década de 1990. Desde entonces ha publicado gran número de novelas y ensayos en muchas revistas literarias de China. Algunas de las revistas de crítica literaria más importantes la han considerado uno de “los diez talentos jóvenes literarios de China”. Su novela corta *Por un poco de calor*, publicada en 2005, despertó el interés del público lector de todo el país.

Qiao Ye pertenece a la Academia de Escritores de Henan, de la Asociación de Escritores de China e investigadora del Instituto Literario Luxun. Ha publicado varias antologías de ensayos y cuentos, tales como *La linterna solitaria*, *Sentado a mi izquierda* y *En medio del querer y el amar*.

POR UN POCO DE CALOR

QIAO YE

El día 25 de diciembre, según el calendario lunar, lo soltaron. El gobierno que lo liberó, dándole palmaditas en los hombros, le dijo: “Salimos de vacaciones; tú amigo, también sales de vacaciones. Las nuestras son cortas, las tuyas, son largas. Vete a festejar el año nuevo, vete a beber, a comer”.

Cometió el delito de violación.

Nadie se imaginó que él cometería ese delito, ni siquiera él mismo. De niño era muy obediente. Ni hablaba ni reía; al toparse con alguien, lo saludaba. Así eran sus días. Quién sabe cómo eran las noches de los demás, las suyas eran muy diferentes.

Pensaba en mujeres desde aquel día cuando a los 16 años compró en un puesto el libro *Burdél*. Seguido en sus sueños ellas se le acercaban como una sombra blanca diluida, y justo cuando lo alcanzaban, él huía a caballo. Al entrar a la universidad, las clases no estaban tan pesadas y él comenzó a salir con una chica. El objetivo más tangible que hizo convertir el sueño en realidad fue su novia. Aunque siempre, al final, un poco antes de la culminación, ella lo paraba en seco: “Eso es sucio”, decía.

Aquella noche fueron a la sala de proyecciones cercana a la universidad para ver una cinta. Vieron a Sharon Stone en *Bajos instintos*. Toda la sangre se le alborotó y abrazó a su novia. Ella no se resistió, pero, de pronto, cuando intentó escabullir su mano bajo su falda, ella corrió.

Él la siguió pero no la alcanzó. Caminó por la calle muy desanimado. Justo al cruzar el parque de la glorieta vio a aquella mujer. Estaba acostada en el suelo con las piernas abiertas sin mover, desprendía olor sofocante a alcohol.

Juró por todos los cielos que al principio él sólo pensó en hacer algo bueno, como llevarla a su casa. A una mujer sola acostada allí en medio de la noche la asechaban todo tipo de peligros. La escuela estaba en el costado oeste de la ciudad; en la noche, pocos caminaban por allí.

—“Oye, oye...” , le acomodaba la falda, mientras la sacudía.

La mujer no se movió. La sacudió de nuevo sin ninguna respuesta. Al sacudirla por tercera vez, se puso nervioso y la abrazó. La mujer también se le colgó.

—“No te vayas, quédate, acompáñame...” balbuceaba, se chiqueaba, se le insinuaba...

Eso era una oportunidad. Pero cuando él terminó, ella abrió los ojos y todo cambió.

Lo sentenciaron a seis años. Por buena conducta, le perdonaron dos. La cárcel estaba a quinientos kilómetros de su casa, en los cuatro años que pasó allí, su madre lo visitó una vez.

2

Cuando pisó la calle, se resbaló.

Copos de nieve, alegres y traviosos, caían en sus palmas y, *pas*, desaparecían.

Aquél era un pequeño poblado. Ni tan pequeño, pues estaba más grande que el suyo. En esos días todos buscaban amontonarse en familia. Al caminar por la calle vió que en todas las casas colgaban inscripciones alusivas al año nuevo, rojas y negras. Donde colgaban inscripciones negras era porque en los últimos tres años alguien se había muerto.

Cuando era niño las costumbres eran iguales.

Esa noche era la víspera del año nuevo.

Sus tripas chillaban, pues tenía hambre.

—“Disculpe, ¿dónde hay una posada?” Detuvo a una mujer que pasaba a su lado.

—“No hay, todas están cerradas, regresaron a casa para el año nuevo”, le contestó.

Él se quedó pasmado mientras la mujer se alejaba. Sabía que había bajado en la estación equivocada.

Sacó de la mochila un paraguas. Era amarillo, muy hermoso. Lo ganó trabajando en la cárcel. En el paraguas decía: “No te desvíes del camino”. A los que terminaban de cumplir la condena y lograban la libertad, en los últimos dos años los llamaban “hombres restaurados”, así decía el acta de libe-

ración. El “gobierno” les regalaba a todos ellos una caja con un ejemplar del “Reglamento para el ciudadano virtuoso” y un paraguas.

Lo abrió. Parado como un tonto en medio de esa calle desconocida se veía cómico y atraía las miradas. Se puso a caminar y nuevamente vio a aquella mujer salir de un callejón. Sus hombros estaban llenos de copos de nieve.

—“Oiga, disculpe, ¿hay aquí algún hotel?”; le preguntó al alcanzarla. La mujer se detuvo. Mirándolo fijamente, le dijo: “No hay”.

—¿A qué viniste aquí?

—Voy de regreso a casa y pasé por aquí.

—¡Oh!, esbozó un suspiro lleno de compasión.

—Es el año nuevo —frunció el entrecejo— todas las casas están llenas.

Mientras hablaban, un hombre en bicicleta de plano se paró a escuchar su plática.

—“Cuñada”, el hombre de la bicicleta le susurró a la mujer de paraguas rojo: “En ‘La pequeña Chun’ ¿no se podrá quedar? Allí les hace falta...”

—“Si te parece, arreglarlo tú, yo no me meto en eso”. “La cuñada”, riendo, se alejó.

“La pequeña Chun”, qué nombre tan oscuro: La pequeña Chun. Sólo me dio una dirección confusa. “Allí les hace falta...”, seguro se refería al marido. Capaz y era una viuda.

3

Entró a la miscelánea “Li Min” y compró unos cigarros. Caminaba y fumaba.

Los cigarros le apestaban un poco, tal vez porque durante varios años no había fumado. No se atrevía a fumar, en aquellos cuatro años nunca nadie le mandó nada. Su dinero era producto de su trabajo en la cárcel. La penitenciaría contrató un seguro de vida para los reclusos con la Compañía de Seguros. Era voluntario. Cada quien, según su parecer, podía invertir parte de su sueldo en ese seguro. Además, la cárcel, según la conducta de cada uno, ponía una cantidad proporcional como premio.

Durante los cuatro años, él cada mes depositaba cuarenta yuanes; al salir, cobró casi dos mil yuanes. Al salir había gastado algo pero aún le quedaban mil quinientos yuanes.

Antes de salir hizo un detallado plan para que el dinero le rindiera. Debía usar ese dinero para proporcionarse un poco de placer a sí mismo, pero especialmente a sus padres. Él aún era joven, apenas tenía 26, pero para sus padres cada día era un aliento menos: era ahora o nunca.

Al salir de la cárcel fue a casa inmediatamente. Justo cuando se disponía a tomar el agua que le había servido su madre, su padre entró. Lo miró sin decir nada y se encerró en el dormitorio. Su madre lo siguió. Al poco rato salió y le dijo: “Vete por unos días, escóndete por allí, cuando pasen las fiestas, regresa. Tu padre sufre del corazón, deja que tome aire”. Sin responder, él tomó su maleta y salió. Se subió al primer camión que pasó por allí.

4

Entró a una peluquería. En el negocio algunos jóvenes, comiendo pepitas, jugaban baraja. Al entrar, todos dejaron las cartas y lo miraron.

—“Estoy de paso y busco donde quedarme”.

—“No hay hotel”. Un joven de pelo rojo, lo interrumpió. “¿Habría alguna casa donde sobre espacio?”

—“No hay”.

—“¿Cómo que no? Y La Pequeña Chun...”, dijo otro joven. Todos soltaron una carcajada. De pronto, él entre sus risas, no supo qué hacer. Parado allí, estaba mudo.

—“Ve, ve a La Pequeña Chun. Sigue esta calle hasta el extremo norte, das vuelta a la izquierda y casi al salir del pueblo está La Pequeña Chun”.

—“¿Está bien allí?”

—“¿Cómo que no está bien?, ¡claro hombre, está más que bien!”

De nuevo todos se carcajearon. Caminó hasta el extremo norte, dio vuelta a la izquierda y después de un rato divisó una casa blanca.

5

Entró. El hotel eran dos cuartos. En la puerta colgaba una placa de madera “Hotel La pequeña Chun”. Colgaban también, en ambos lados de la puerta, inscripciones alusivas al año nuevo.

La primera estrofa decía: “Leña, arroz, aceite y sal, el mundo es pequeño”. La segunda narraba: “Miles de rojos y púrpuras, siempre es primavera”.

Al principio, el lector no hallaba el sentido; sin embargo, los versos tenían un simpático toque pueblerino. Además, los últimos caracteres de ambas estrofas escondían el nombre del hotelito “La pequeña Chun” o “Primaverita”.

Sonrió sin querer.

Empujó la puerta y tras mirar el cuarto sintió un aroma penetrante. Inmediatamente determinó que el relleno de los raviolos era apio con carne de puerco.

“¿Quién es?” Era la voz de una niña. Vio frente a él a una niña de cuatro o cinco años. Vestía un vestido rosa con blanco; en la cabecita le colgaban un montón de trencitas delgadas. Esa niña, de apariencia más mongola que china, lo miraba de arriba a abajo.

—“¿Y los adultos?...”

—“Mamá, ven”, gritó la niña.

Salió una mujer. Lo inspeccionó con la mirada y le preguntó: “¿Se le ofrece algo?”

—“Tengo hambre”, contestó. Inconscientemente palpó su cara. Sabía que su vestuario eran andrajos. Los pantalones le quedaban cortos y el saco demasiado ancho. La ropa que traía era regalada.

La niña le arrimó un tazón de té.

—“Mamá dice que primero tome un poco de agua hirviendo para que se caliente”. Su voz parecía queso tierno.

Inspeccionó con la mirada la habitación. Las dos recámaras y la sala se parecían al comedor familiar de la cárcel. El comedor familiar lo habían abierto hacía dos años. Allí los presos compartían los alimentos con sus familiares. Su madre, dos años atrás, lo visitó en la cárcel. Cuando recibió la noticia, por poco y se desmayaba: no sabía cuál pie extender primero. Su ma-

dre jamás había salido de la casa. Para atravesar esos quinientos y tantos kilómetros se subió en todo: autobús, tren, transporte público, recorrió la carreta: sólo así se podía llegar a la cárcel. Y su madre había hecho todo eso. En la recepción, cada uno con un auricular en la mano, permanecieron en silencio: su madre sólo lloraba y él sólo la miraba. Había envejecido mucho. Él sabía que era responsable de cada una de sus profundas arrugas. Su madre durmió una noche en el cuarto de visitas. Al otro día almorzaron juntos en el comedor familiar. Eran cuatro los platillos: pepinos fríos, queso de soya con cebollón, tomates con huevo y carne de puerco en salsa roja. Además comieron un cuarto de kilo de ravioles rellenos de apio con carne de puerco.

Toda la carne se la puso a su madre y ella, pedazo por pedazo, se la regresó. Él comió, ¡vaya que comió!, se atragantó tanto que le dolió la garganta y tuvo ganas de vomitar.

A la hora de pagar la cuenta, detuvo a su madre: “Yo tengo dinero”.

—“¡Qué caro!...”, dijo su madre.

Después de comer, se quedaron más de una hora en el comedor. Su madre le dijo que tenía que partir para alcanzar el tren de las seis. Su padre sufría del corazón y ella estaba preocupada.

—“Está bien madre...”, le dijo.

—“Nosotros estamos viejos, no hay nada que hacer, pero tú pórtate bien”, le dijo.

La comida había costado cuarenta y ocho yuanes. El comedor le había extendido un recibo grande y rojo. Lo guardó y cuando no tenía nada que hacer lo miraba, y lo miraba, y lo miraba.

6

La mujer arrimó primero un tazón lleno de fideos con carne, luego trajo pimientos con trozos de carne.

Abrió una botella de “Licor celestial” de cuarto de litro y le sirvió una copa llena. Pasó otro rato en la cocina y salió con un tazón de ravioles rellenos de apio y carne de puerco.

Llamó a su hija: “Comeremos juntos ravioles, el año nuevo no puede pasar sin ravioles”.

Comió absorto, sin decir ni una palabra. Gotas de vapor caliente se le asomaron en la frente. Le pareció oír al camión dar la vuelta, *tu, tu, tu, tu*. Rápido saldó la cuenta y salió, pero el camión ya se había ido. Sólo quedaba el polvo.

Le daba pena entrar de nuevo. “Mamá te pide que entres para que te calientes”, se asomó la niña. La mujer ya le había preparado agua caliente.

—“¿En este poblado jamás ha habido un hotel?”

—“No”.

—“¿Cómo es que todos los restaurantes están cerrados?”

—“Todos regresaron a casa”.

—“¿Y ustedes por qué no han regresado?” La mujer no contestó.

—“Mi casa está aquí”, dijo la niña.

—“¿Por qué no van con tus abuelos a pasar el año juntos?”

—“No tengo abuelos”.

—“¿Y tu padre?”, le preguntó.

La niña lo miró y señalando la televisión, exclamó: “Pan Changjiang, Pan Changjiang...”

La niña se incomodó. La mujer salió de la cocina con una bandeja de agua caliente. Le pidió que se lavara y la mandó a dormir.

—“Me voy”, él se levantó. Con la niña dormida, el cuarto parecía más grande. Él ya no tenía por qué estar allí.

—“Ya no hay camiones”, dijo la mujer.

—“¿No te importa que me quede?” La mujer sin contestar, le arregló una cama. Apenas eran las nueve y media, era muy temprano.

Sentados, cerca del fogón, veían la televisión. La mujer abrió la plástica, le preguntó de dónde era, qué hacía, hizo las cuentas y determinó que su casa no estaba tan lejos, por qué ese día no había hecho un esfuerzo para regresar. Lo único cierto era la dirección de su casa, todo lo demás eran mentiras. Claro que iba a mentir. Dijo trabajar fuera; al regresar a casa tuvo una fuerte pelea y, sin más ni más, salió. Todos en su casa tenían talento y lo despreciaban por ser obrero.

—“Los jóvenes son así, se enojan con facilidad —dijo ella—, lo más probable es que tú tuviste la culpa. Es año nuevo, deja que hablen, qué desprecio ni qué nada”.

—“Hermana —le dijo de pronto—, tú también estás muy joven”.

—“Tengo 31 años, claro que ya no estoy joven”.

—“Por mucho, te daría 25 o 26”.

—“No te burles”. La mujer sonriendo movió la leña del fogón: “A dormir”.

7

¿Qué mujer era esa? Pensó sin poder adivinar. ¿Le tendría lástima? Pero si no sabía nada acerca de él. ¿Lo dejó quedarse por dinero? Pero había dicho “Eso no importaba”. Él sólo era un extraño que pasaba por allí. ¿Por qué era tan buena con él? Su bondad daba lugar a sospechas. Una mujer sola con su hija, a cargo de un hotel, fácilmente se podía dedicar a aquéllo...

Pero no parecía de esas. Claro, no parecer no quiere decir que no lo es. Decidió que si ella venía, él no se iba a oponer.

Oyó cómo abría las puertas antes de entrar a la sala. Caminó hacia él en la oscuridad. Él, de plano, cerró los ojos.

Se detuvo frente a la mesa y como gato esculcó el cajón buscando algo. Él sin moverse, permaneció acostado. La mujer se acercó.

“Hey...” susurró. Él guardó silencio.

La mujer extendió la mano y movió su cobija. “Van a ser las doce, levántate y ayúdame a quemar cohetes”.

Pretendió estar dormido por un instante, luego se levantó, se vistió y salió junto con ella frente a la casa. Ella le dio los cohetes y un encendedor; él comenzó a prenderlos. Los estruendos hacían temblar los oídos, hacía tiempo que no había quemado cohetes ni había oído estruendos tan de cerca. Todo su cuerpo experimentó una fuerte sacudida, como si sus huesos estuvieran sacudiendo el polvo de los años. Pero los temblores lo calentaron. Entre los destellos de los cohetes veía la cara de la mujer. La mujer, visiblemente alegre, se tapaba los oídos. El miedo no lograba esconder su belleza.

8

Al regresar a la casa, después de las luces de los cohetes todo parecía más oscuro. La mujer prendió un foco. Él, sentado en la cama, esperó que ella se fuera, pero ella permaneció un rato.

—“No apagues el foco, ahora vendré”, —dijo.

¿Ahora vendrá? ¿Para qué vendrá? Frotando las manos y los pies, la siguió. Parado detrás de la puerta oyó que ella buscaba algo en el armario. La vio revolver entre la ropa una blusa color durazno y una falda verde con rosa.

La mujer al fin vino.

—“Toma”. Tiró a la cama algo.

Era un pantalón grueso de hombre. “Tus pantalones están rotos, mañana los remendaré”.

Había olvidado. En los costados de su pantalón y chamarra de invierno yacían cintas blancas: eran las insignias de los presos. Muchos al salir, tiraban esa ropa, pero él la conservó. No le sobraba ropa de otoño; además, usaría esas prendas debajo de la ropa, quién se iba a fijar. Él así pensaba.

La mujer sacó un papel de la bolsa y se lo mostró. “Cuando pagaste la cuenta, se te cayó esto, la niña lo recogió y olvidó regresarlo. Era aquel recibo de la comida en el comedor familiar.

—“¿Cuál es su delito?” Preguntó él después de un largo rato.

—“Daño intencional —contestó ella—. Un malviviente del pueblo me violó, el padre de mi hija lo golpeó y lo dejó inválido”.

Los dos quedaron en silencio. “¿Y aquél? —preguntó él al cabo de un buen rato.

—“Aún vive aquí —contestó—. No entiendo, como no hubo pruebas suficientes perdimos el juicio. De haberlo ganado, mi marido no le hubiera pegado tanto”.

—“A dormir —dijo ella—; mañana irás a casa. Es bueno volver a casa, como sea, los familiares siempre te extrañan”. Apagó la luz: “En dos años él volverá con un paraguas amarillo, igual al tuyo”.

La mujer recordó algo y abrió un poco la ventana.

—“En la habitación está el fogón, no te vayas asfixiar por el carbón”.

Aire fresco entró por la ventana. A través de la ventana entreabierta vio caer la nieve, parecía una cobija muy acolchada, ¡qué hermosa imagen! ❖

Traducido por Liljana Arsovska
en el Seminario de traducción
de literatura moderna china.

